

*El abrazo de la serpiente* (Colombia, 2015) planteaba la fuerza de inmersión espiritual que puede contener la naturaleza a través de la ayahuasca, donde un extranjero atraviesa el Amazonas en busca de la bebida que tiene un tinte mitológico. La aproximación de Olmos en *Wiñay* (Bolivia, 2018) tiene ciertas similitudes, ya que el camino de la protagonista francesa se realiza en función del encuentro con la ayahuasca, a través de la naturaleza y los dispares habitantes del trópico cochabambino, un camino que se transforma en un encuentro consigo misma, acompañada de una viajante sorpresiva, quien funciona como un espejo a la hora de enfrentar los problemas que ambas mujeres tienen.

La búsqueda del ente extranjero en tierras ajenas siempre ha connotado una vena colonialista y ha sido motor de historias desde el inicio del cine. El vacío ya sea material o existencial que busca ser llenado a menudo es un *Mcguffin*, que va mutando hacia algo más trascendental. En *Wiñay* la protagonista va descubriendo que el amor sororo y la solidaridad inesperada son realmente la salida que buscaba, aunque las buenas intenciones a veces tienden a cierta condescendencia.